

# CATALUÑA

## REVISTA SEMANAL

### DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Muntaner, 22, bajos

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

### - PRINCIPALES COLABORADORES -

R. Rucabado.- Carlos Jordá.- J. M. López Picó.- F. de Sagarra.- Eladio Homs.- J. Martí y Sabat.- J. Farrán y Mayoral.- Manuel Reventós.- Emilio Vallés.- J. Garriga Masó.- Ernesto Homs.- María C. Torner.- Eugenio d'Ors.- J. Torres García.- D. Martínez Ferrando.- Bernabé Martí y Botarull.- J. Bosacoma y Pou.- Luis Jover Anell.- J. Bassols.- C. Creuher.- L. Figueras Dotti.

### SUSCRIPCIÓN

España. . . . . 3 pesetas trimestre  
Europa. . . . . 3 francos  
Número suelto. . . . . 25 céntimos

### PAGO ANTICIPADO

Año VI

Barcelona 20 de Julio de 1912

Núm. 250

### SUMARIO

¿Armas salvadoras? por R. RUCABADO.  
*Cultura Catalana*

¿Han existido escuelas lulianas?  
por JUAN AVINYÓ, presbítero.

Marcelino Menéndez y Pelayo,  
(1856-1912) su obra, su influencia, por  
MARCEL ROBIN.

¡Mas alegría! por el DR. PAUL W. VON  
KEPPLER.

### Cuestiones morales

Contra la blasfemia y el lenguaje  
infecto, (conclusión) por ENRIQUE SANZ  
Y ESCARTÍN.

La Autoridad municipal y la dignidad  
del lenguaje.

La presunción catalana, por MANUEL  
DE MONTOLIU.

### La Semana

Actualidad política, por K.

Conferencia de P. Corominas sobre  
la ley de Mancomunidades,  
(14 del corriente, Sala Imperio). Extracto.

### Opiniones ajenas

Sobre «La Ben Plantada».—III Del  
matrimonio de Teresa, por MIGUEL  
DE UNAMUNO.

Importancia Social de las Colonias  
Escolares.—Como han decaído  
en nuestro municipio y lo que debe hacerse  
para perfeccionarlas, por PABLO VILA.

### Libro nuevo

próximo á aparecer

### Los Comerciantes del siglo XX

por el CANÓNIGO VAN CAENEGHEM, Director  
de la Escuela Comercial y Consular de Mons  
con una Introducción, por

MR. CYRILLE VAN OVERBERGH

Director General de la Enseñanza superior,  
de Bélgica.

Traducción castellana de Enrique Dieste.  
Prólogo de R. Rucabado.

## ¿Armas salvadoras?

Ha hablado de nuevo el Browning y ha corrido la sangre. ¿Pondremos a la eterna y lugubre historia el eterno comentario de dolor y de indignación?

Nos dirigimos a las fracciones belicosas de la derecha: a esas fuerzas y opiniones políticas que arman a sus secuaces con el arma traidora en los bolsillos y con el odio en los corazones. Cosa triste es ver el puñal en manos de un desgraciado, de instintos pervertidos y encendidos por la propaganda disolvente.

Pero es digno de la mayor condenación verlo en las manos del hombre, que al menos en teoría es sustentador de ideas y principios defensivos de la Sociedad.

Nos dirigimos a los hombres responsables, a los directores de estas masas del radicalismo blanco, para que mediten sobre el valor social y el valor cristiano de la mentalidad que van elaborando en sus gentes, para que se detengan en su camino y consideren la obra desgraciadísima de destrucción y de descristianización que están llevando a cabo al infundir en los suyos este espíritu feroz de venganza y de violencia.

Es a ellos a quienes nos dirigimos, para poder apelar a los principios que dicen sustentar. ¿Con qué eficacia protestaríamos ante los caudillos revolucionarios de los atentados y agresiones de los suyos, si la Revolución es esto mismo que los suyos hacen y que a los suyos enseñan?

El primero de nuestros jóvenes escritores, Eugenio d'Ors, ha recordado recientemente que la Contra-revolución no debía en modo alguno usar del lenguaje ni de las armas de la Revolución.

No es lo desesperante el que las masas plebeyas se valgan de los más ruines medios para trastornar el orden social, sino que las fuerzas de las derechas, que se dicen a sí mismas depositarias del tesoro del Espíritu religioso, olviden y prescindan de la eficacia suprema de la Palabra, que es el espíritu de Dios mismo, para reconquistar las voluntades de sus conciudadanos equivocados, y acudan a defender el patrimonio re-

ligioso y las bases de la sociedad en los mismos ruines, viles e inhumanos procedimientos de la Revolución. Y la prueba de esto, es que hay lucha y que en esta lucha están equilibrados. Y esta lucha es destrucción, es odio, es esterilidad y muerte. Si no hubiese igualdad de fuerzas no habría lucha: entonces ó los desconocedores de Cristo serían convencidos y por lo tanto vencidos por la Palabra, por la fé, por el amor de los hijos de Cristo, ó los hijos de Cristo serían combatidos y atropellados por los que no le conocen: no habría entonces lucha, claro está. Pero habría *Martirio*, y por lo tanto renovación de la fecundidad inagotable del misterio de la Sangre.

Pero hemos llegado a un tiempo en que ó el Evangelio ha caducado ya y es bueno solo para cantarlo en los oficios, ó bajo la capa de una nueva Cruzada se nos predica en realidad una nueva religión que se parecerá tanto a la de Cristo como esta a la de los Escribas y Fariseos. Lo cierto es—y esto es muy significativo—que a todos los que en medio de la lucha predicamos paz, sinceridad, convivencia, fraternidad, amor, apostolado, caridad, humanidad, paciencia y reviviscencia del espíritu persuasivo y cordial del Cristo encarnado en San Pablo, se nos desprecia y se nos trata de inocentes, de cobardes, cuando no de traidores, por querer entregar *indefensa* la Iglesia y la Patria en manos de sus enemigos!

Las causas del mal son muy hondas, y no hay que buscarlas por otra vía que por la de la raza y el sentimiento de patria. Cada día me convengo más de que bajo el nombre y la estructura religiosa del catolicismo se dibujan en nuestro país, con relieve más y más significado, dos mentalidades religiosas, correlativas a los sentimientos patrióticos. Hay una religiosidad y un conservatismo catalán como hay una religiosidad y un conservatismo *hidalgo*. La primera tiene por base de su subsistencia, la convivencia, elemento necesario para el apostolado por la persuasión. Ya lo hemos dicho otras veces

La segunda es agresiva, guerrera, intolerante. No busca convencer, sino dominar. Por esto lamentamos la confusión frecuente. Yo creo que los *hidalgos* es decir los hijos de la tradición absolutista, los que se llenan la boca con las glorias bélicas religiosas de Carlos I y Felipe II, son sinceros en su fé y hasta en la propaganda de sus procedimientos. Son hijos de la espada y no comprenden ni comprenderán nunca del cristianismo otra cosa que el gesto de Simón Pedro cortando la oreja al criado Malco. La prueba de ello es que no toleran ni aguantan injuria alguna de sus adversarios. Y un revolver cargado en la faltriquera de un lerrouxista implica inmediatamente un revolver cargado en la faltriquera de un hidalgo. Y un revolver se lleva para algo. Un revolver en el bolsillo pide hablar siempre. Sinó ¿para qué sirve? ES IMPOSIBLE QUE UN HOMBRE CON UN REVOLVER CARGADO EN EL BOLSILLO PUEDA RAZONAR NI UN MOMENTO, SERENAMENTE. Mientras esta mentalidad domine, prive y tenga prestigio en la derecha y en la juventud de la derecha, los hechos de Granollers, de San Feliu, ecétera., se repetirán indefinidamente.

Ha llegado el momento de negar rotundamente el valor personal del arma oculta así como toda la literatura que se quiere desarrollar en alabanzas de su uso y aplicación. Es abominable que se hable de caballerosidad y de nobleza entre individuos armados con armas ocultas. El caballero, el verdadero hidalgo de los siglos anteriores, llevaba bien ostensible su espada. Entonces á la espada, se le tributaba una especie de culto simbólico y toda una literatura de honor y de galantería consagra veneración desde la tizona del Cid hasta el espadín de la época de *coleta y polvos*.

El juramento caballeresco por la cruz de la espada valia tanto como sobre los Evangelios.

Mas tarde, en nombre de Dios y de la Patria, ó en nombre de la Revolución, se esgrime un arma menos honrosa y clásica, pero todavía un arma noble, era el fusil. El conspirador ocultaba penosamente sus fusiles para echarse á la calle ó al campo cuando juzgue el momento oportuno. Aquello exigia prudencia, sagacidad, paciencia, astucia, una extraordinaria abnegación y espíritu de sacrificio y además un valor personal muy superior al que hoy se necesita para comprar un browning en cualquier tienda, llevarlo en el bolsillo y descerrájarlo á quemarropa en una esquina ó sobre los concurrentes á un meeting. Además, el hombre armado con fusil, se equipara ya con un soldado. Su arma es visible y ostensible y su lleva con marcialidad: hacer uso de ella necesita método, tiempo, espacio y cierta disciplina, y aún cierta nobleza en la actitud. ¿Es que las armas no tienen su moral?

Pero hoy el arma es vil, innoble, repulsiva, traidora. Contemplais el paso de una comitiva ciudadana, de una manifestación, una reunión pacífica, y aquellos hombres serenos ó indiferentes en apariencia, ó bien atentos al ideal que exteriormente les mueve, llevan bien oculto un instrumento de muerte y en un momento dado sembrarán la destrucción á su alrededor contra los

que en uso de la libertad que Dios nos ha dado no compartirán aquél ideal.

El arma oculta es instrumento digno del criminal, del *hors la loi*, del que ha roto toda relación con la ley y con la sociedad. El arma oculta, *por el solo hecho de ser llevada*, es un crimen contra la sociedad y contra la humanidad, cuando se convierte en instrumento de la pasión política; pero cuando se defienden con ella grandes intereses religiosos ó sociales, se comete una blasfemia horrible contra lo mismo que se defiende.

Tan grande es el valor simbólico de las armas ostensibles, que se han llegado á convertir en un elemento de arte y decoración. Lo es la espada y aún el fusil. Un hombre armado con ellas evoca sino la idea de lucha, la de *guardia*, la de *respeto*. El arma oculta, el arma portátil es solamente, unicamente un instrumento para dar muerte; no evoca otra idea que la del odio.

Que sarcasmo! implorar al *Dominus Deus Sabbaoth* sobre un contingente amado con brownings, facas, y bastones de estoque! Dios mío; en que se distingue, á juzgar por su armamento, un hidalgo de acción de un criminal de oficio?

Cuando la espada era el arma de los caballeros, la de los hombres viles era la daga oculta. Entonces los ministros del Señor bendecían las armas. Yo no sé si hoy se bendicen los brownings hidalgos, pero es muy posible por desgracia.

Por lo menos, una bendición indirecta y flotante existe siempre en el favor con que la hidalguía militante es acogida en las esferas que rigen el patrimonio religioso. Una hábil é ingeniosa combinación y entretrejimiento de valores sostiene un aparato bélico-religioso que empezando en el culto divino acaba en las bocas de los brownings de los hidalgos españoles, como si estas bocas señalasen el límite del apostolado en estos tiempos.

\* \* \*

He aludido á la mentalidad hidalga, arraigada en una raza, en una literatura en una tradición que no es la raza ni la literatura, ni la tradición catalana.

Pero aquí tenemos nuestra raza, nuestra literatura. A nosotros no nos entusiasma ni poco ni mucho Carlos I ni Felipe II ni los Reyes católicos, ni la Inquisición. Nuestra tradición sigue otros caminos y viene de otros puntos. La mentalidad guerrera, intolerante é inquisitorial ha sido siempre enemiga de Cataluña, y en nuestro credo cristiano-catalán uno de los artículos de fe es el espíritu de rebelión y protesta contra la Inquisición del Rey Fernando V, y contra Torquemada y Spina sus satélites, que hicieron imposible la vida en la ciudad de Barcelona con sus vejaciones, intrusiones é intolerancias. Aquellos eran también, tiempos de confusión; en los *hidalgos* de entonces los catalanes veían ya sus tiranos, y el mismo espíritu perseguidor que empleaban contra los herejes, verdaderos ó supuestos, lo emplearon contra los hombres y las instituciones de Cataluña (1).

(1) Léanse á este propósito las recientes notabilísimas investigaciones del Sr. Carreras y Candi en el *Anuari del Institut d'Estudis Catalans* y en la revista *Estudis Universitaris Catalans*, ó véase el núm. 228 de CATALUÑA.

Nosotros creemos firmemente, como dice el obispo de Vich el Dr. Torras y Bages, en su «Tradición Catalana», que la Iglesia católica es regionalista, es decir, que se incorpora al carácter de cada pueblo formando una mentalidad religiosa en armonía con los rasgos étnicos de cada nacionalidad, de cada lengua. Señalamos, pues, la existencia aquí de este fenómeno y en realidad no hacemos cargos á los *hidalgos* porque sean intolerantes, guerreros, perseguidores y agresivos. Solo queremos que no tengan preponderancia aquí, donde la religiosidad popular tiene carácter más ancho y tolerante, porque nuestro pueblo es de abolengo industrial y navegante, mientras que el pueblo castellano, del cual son engendro los *hidalgos* es de abolengo guerrero.

¿Pedimos acaso nada que no sea muy justo? Al fin y al cabo cada cual en su región se entregue á las inspiraciones de su mente y á los impulsos de su sangre; tan fuera de lugar está, acaso, un hidalgo persuadiendo á muchachos catalanes á que escondan en nombre de Dios brownings en sus bolsillos, como un catalán que predique tolerancia y humanidad en tierra de navajas. Nosotros creemos, sin embargo, que el predicar paz convivencia y humanidad es oportuno, conveniente y cristiano en todas partes: pero los hidalgos creen que predicar eso es modernismo, y esto corrobora una vez más lo que decíamos: que al fin y al cabo es la Región la que caracteriza la mentalidad religiosa.

Estamos en nuestro derecho al exigir á todos los que con sus palabras, escritos ó autoridad influyen sobre las extremas derechas catalanas que no trastornen á sus gentes predicando procedimientos ajenos á nuestro carácter y costumbres, contradictorios con la tradición de paz y de serenidad que el cristianismo tiene en Cataluña: que desaparezcan los equívocos y confusiones actuales, y que Cristo reine en Cataluña por la Palabra, por la Inteligencia, y por el Amor, nunca por el hierro y por el fuego.

\* \* \*

Solo emplea la fuerza el hombre mudo por la ignorancia y cegado por la pasión. Solo habla el arma cuando la boca no sabe qué decir. Demos ideas, luz, amor; demos palabras á la boca y tendremos que arrojar al mar, los brownings, inútiles ya.

Ah! el Browning es la cosa más estéril y triste que existe: es la palabra de los desesperados y solo desesperación engendra á su alrededor. Los que lo usan, y sobre todo, los que lo aconsejan, los que lo insinúan, los que indirectamente lo bendicen, demuestran que han perdido la Fé en la eficacia divina Evangelio. ¡Ya no evangelizan! Jesucristo ha caducado en sus almas. No son apóstoles; son guardias suizos. Ellos son los que dicen: «No podemos sufrir más provocaciones. Hemos llegado ya al colmo de la paciencia. Esta gente (los que no conocen á Cristo) es irreductible. No se dejan convencer. Fuego, pues!»

Insensatos, los que así hablan. ¡Han agotado ya todos los recursos! Y sin embargo... están agujereadas sus manos y tadrados sus piés y hendida por espigas su cabeza: está su cuerpo abierto á pe-

dradas como el Protomártir? está su cabeza separada del cuerpo como el Bautista? y sus miembros tostados, lacrados, torturados infinitamente cual los de los fundadores del cristianismo? Y éstos, nunca dieron por concluidos sus recursos, nunca desesperaron.

\* \* \*

Nos dirigimos una vez más á los responsables, á los directores de las derechas belicosas. Y les sometemos una, por hoy, última consideración. Hay un país donde el anti-clericalismo es una avasalladora corriente que perturba y sacude de tal manera á la Religión, que es posible no sólo una semana Trágica y sus aniversarios y glorificación, sino un océano inconmensurable de blasfemias, desacatos, atentados é intentos de persecución contra los que profesan y poseen una creencia. Este país es España, y los procedimientos con que el Catolicismo es defendido por muchos son los que la hidalguía preconiza y propaga: desde el Browning oculto en el bolsillo, á la guerra civil.

Hay otro país donde la religión es respetada y prospera, y donde los católicos gobiernan con acierto y aplauso la nación desde hace veinte y ocho años. Es Bélgica. Pero tengan entendido aquellos á quienes nos dirigimos, que la mentalidad que ha triunfado, y que mantiene tan admirable y envidiable estado de cosas, es la que refleja en las siguientes excelentes líneas de un libro más excelente todavía; de un libro escrito por el jesuita P. Vermeersch, recientemente impreso, titulado «La Tolerancia», obra magnífica y generosa cuyo espíritu y tendencias contrastan singularmente con las obritas y textos hidalgos que cada día salen por aquí encaminadas *cristianamente* á cerrar el cielo para el mayor número de gentes posible.

Oigamos al P. Vermeersch, y aprendamos.

«El cristianismo no ha fracasado como religión de amor. Cuando el poder secular, cuando el apoyo humano viene á faltar á la verdadera religión, le queda todavía su gran fuerza de expansión y de conversión, la caridad. Nuestro gran deber es de dar á esta fuerza todo su esplendor, todo su despliegue. Realicemos sinceramente, llenamente, todo el programa de la tolerancia en la vida privada. Enemigos de una erudición ruidosa que transforma sus menores conjeturas en declaraciones de impiedad y en objeciones invencibles, seámoslo también de una demasiado sospechadora ortodoxia, que exagera el alcance de las definiciones y de las enseñanzas ciertas de la fé. *No opongamos dificultades teológicas á un trabajo sincero y serio...* Que una exquisita lealtad para reconocer todos los derechos adquiridos para respetar todas las posesiones legítimas, para observar todas las convenciones, testimoniamos altamente que nuestros principios mismos engendran una buena tolerancia práctica, y que no tenemos que sacrificar verdad alguna para no molestar á conciencia alguna.

Hagamos todo lo posible para acercar los hombres á nosotros... *Inteligente y clara, que nuestra fé disipe la prevención de una ceguera fanática.*»

Para terminar, que estos directores de la opinión belicosa mediten sobre el valor moral de la educación que dán á sus juventudes. Mientras en Inglaterra, Francia, Alemania é Italia se desarrolla grandes movimientos nacionales á favor de los «Boy Scouts», organizando y entrenando á los muchachos en la práctica del Bien, en el socorro de heridos y accidentados y necesitados, (1) en mil trabajos manuales, en mil prácticas de destreza, en mil ejercicios de educación

(1) Véase el número 215, 1911.

física y en mil servicios de humanitarismo y de utilidad civil y patriótica, aquí no se dá á las juventudes otra organización que el «Requeté», otra instrucción que la del Browning que mata, pero no salva.

R. RUCABADO

## ENFERMEDADES de la PIEL y CABELLO

SIFILIOGRAFÍA

Dr. Umbert - Calle Canuda, 62

## Cultura catalana

### ¿Han existido escuelas lulianas?

Jamás se ha escrito tanto como en la inquietud presente. Nunca habían llegado las publicaciones de toda especie á la popular vulgarización actual. Sin embargo, ¡fenómeno singular! jamás se ha leído tan poco como ahora. Se discute, se razona, se charla las más de las veces sin conocimiento de causa.

Aun está húmeda la tinta del folleto *Al margen de un discurso*, que el docto Magistral de la Seo de Urgel acaba de dar á luz, haciendo notar la suma ligereza con que se habla de nuestra legítima y más preciada gloria catalana Beato Raimundo Lulio, cuando ya por otro lado se disparata hablando en público y sin rebozo del Doctor Arcangélico.

Al hacer la nota bibliográfica de la reciente obra «El terciari francescá Beat Ramón Lull, Doctor Arcangelic y Martre de Crist», leímos con asombro en la revista «Orthodoxon-Biblion» que publica la casa editorial E. Subirana de Barcelona, las siguientes palabras: «El Beato Lull, sin llegar á tener escuelas organizadas duraderas ni aun en su patria... etc.» Así, con esta llaneza y sin ninguna clase de escrúpulo se asegura *urbi et orbe* que el Beato Lulio no tuvo escuelas organizadas duraderas ni aún en su patria. ¡Solo un desconocimiento completo de nuestra historia intelectual puede llevar tal atrevimiento!

En primer lugar citaremos la autoridad irrecusable y nada sospechosa de parcialidad, esto es, del mayor y más encarnizado enemigo de la Escuela Luliana fray Nicolás Aymerich, quien en su *Directorium Inquisitorum*, parte segunda, quest. 26, dice que Raimundo Lulio tuvo muchos seguidores y aun hoy día los tiene (esto es, cuando escribía su obra) los cuales defendiendo tenazmente la doctrina de aquél. Estos discípulos no deberían estar tan desorganizados, ni ser á modo de piedras millarias en el decurso del tiempo, cuando pudieron sostener aquella terrible lucha que en estos Reinos se desarrolló durante todo el siglo XIV, venciendo al fin tan poderoso enemigo. (1)

En segundo lugar, cuando el bachi-

ller Antonio Riera, deputado por la Universidad de Lérida y demás lulistas, se presentó al Cardenal Leonardo, comisario especialmente nombrado por la Santa Sede, con una copia de la bula condenatoria de las obras del Beato, que el mismo Aymerich había publicado á nombre de Gregorio XI, suplicando se sirviese ordenar á los registradores de bulas pontificas, que á gastos moderados del mismo Riera, buscasen dicha bula ó mejor dicho su registrada, y no habiendo sido hallada quedaba muy mal parada la honorabilidad del propio Aymerich, éste enfurecido escribió, allá por el año de 1396, aquella virulencia titulada: *Incantatio studii Ilerdensis super XX articulis per quemdam Antonium Riera studentem Valentibus, ut desertus inibi seminatis*, cuyo título de sobras indica que no era sólo contra Antonio Riera que desfogaba su bilis el atrabiliario Inquisidor, sino contra la Universidad de Lérida, la más famosa de los reinos de Aragón durante la edad media, de la cual dice se había vuelto lulista por arte de encantamiento. Y efectivamente, estudiando con detención la historia del pensamiento catalán de aquellos tiempos, el más lerdo se convence de que privaba y sobresalía la doctrina luliana, pues de lo contrario no hubiera tenido la fuerza y el prestigio de que la vemos rodeada, si no hubiese sido una escuela perfectamente organizada. Y que así mismo fué duradera, no hay que mentarlo, ya que por más de un siglo se le dispensó beligerancia en las luchas contra la escuela dominicana que le disputaba la hegemonía de la mente catalana.

Item más, se podría reunir un nutrido Diplomatario, formando una cadena no interrumpida por espacio de más de dos siglos, coleccionando las concesiones otorgadas por nuestros Reyes á favor de diferentes personalidades, para que pudiesen libremente y en sus dominios, establecer escuelas y cátedras donde se enseñara la doctrina luliana. (1)

Y la protección que los Monarcas Aragoneses dispensaron continuamente á

(1) Vide: «Historia de la falsa bula...» por el P. F. Faus-tino D. Garulla, Palma, 1910.

(1) Vide en diferentes registros del Archivo de la Corona de Aragón.

dicha Escuela, fué imitada por algunos particulares, entre los cuales merece citarse D.<sup>a</sup> Juana Margarita Safont de Pere que en 1431 fundó una escuela luliana en Barcelona, de cuya organización y funcionamiento tenemos noticias que se remontan hasta últimos del siglo xv. (1).

El incremento que las doctrinas lulianas tomaran en Barcelona durante aquel siglo, fué extendiéndose también hacia Valencia, en donde aquellas cuentan con una tradición gloriosa no exenta de persecuciones, de la que, Dios mediante, nos proponemos tratar en otra ocasión.

En Mallorca, el maestro y célebre Lulista Juan Lobet, fué quien en el siglo xiv, propagó y organizó aquellos estudios, mientras el carmelita italiano fray Mario de Passa, establecía una escuela luliana en el monte Randa de aquella isla; le ayuda la noble dama doña Beatriz de Pinós, dotándola con munificencia en 1484. Y porque en la propia ciudad parece languidecían dichas enseñanzas, otra dama, D.<sup>a</sup> Inés Pax de Quint en 1481, funda una cátedra, cuya primera lección la dá el maestro Pedro Deguí desde el púlpito de la Catedral de Mallorca, asistiendo el Virrey y demás autoridades civiles y eclesiásticas.

A la guerra continua que se ha hecho contra la persona del Beato Raimundo Lulio y su doctrina, es debido que el rey D. Fernando el Católico por privilegio de 31 de Agosto de 1483, concediera a dicha ciudad facultad para establecer un Estudio General ó Universidad literaria con todos los honores y prerrogativas de la de Jérica y con permiso especial a los Jurados de la ciudad, sus naturales patronos, para nombrar maestros que profesaran y enseñaran la doctrina del Doctor Iluminado.

Otra institución secular, donde se aprendían aquellas doctrinas la tenemos en el Colegio de la Sapiencia, establecida en la misma ciudad de Mallorca y en 1565 por el Rdo. Bartolomé Lull, penitenciario de aquella Catedral.

Menéndez Pelayo hablando de las escuelas filosóficas del siglo xvi dice: (2) «El lulismo, la más completa, harmónica y pujante de todas ellas, conserva sus cátedras mallorquinas, penetra en Castilla amparado por el Cardenal Jiménez recibe decidida protección del *sombrio despotista* Felipe II, y cuenta entre sus sectarios nada menos que á nuestro egregio conterráneo el arquitecto Juan de Herrera, y antes y después de él á Alfonso de Proaza, á Nicolás de Pax, á Pedro de Guevara, á Sánchez de Lizarazu, no sin que algunos fervorosos lulianos se arrojen á sospechar que el mismo fray Luis de León miraba con buenos ojos la doctrina armónica del solitario del monte Randa.»

Pero allí donde se conservó el fuego sacro del lulismo, fué precisamente en la propia patria del Beato y en su Estudio General, llamado *Real y Pontificia Universidad Luliana* que alcanzó una existencia cinco veces secular, hasta que

fué disuelta por orden y mandato del Gobierno español en 1830, cesando desde entonces la enseñanza oficial del Lulismo en España. Desde aquella época las doctrinas lulianas han vivido solamente en los conventos de Padres Franciscanos, así de Mallorca como de Cataluña, hasta que de un modo paulatino han ido desapareciendo de las aulas.

¡Véase, pues, si no han tenido escuelas organizadas y duraderas las doctrinas lulianas...! Y baste por hoy esta

idea somera y general que acabamos de dar, como refutación de la afirmación gratuita, que con no poca admiración hemos leído en la revista bibliográfica «Orthodoxon-Biblion.»

JUAN AVINYÓ PBRO

Cabrera del Panadés, Julio de 1912.

**RON BACARDÍ**

## Marcelino Menéndez y Pelayo

(1856-1912): su obra, su influencia

El 19 del pasado Mayo, murió en Santander, á la edad de 56, años, *Marcelino Menéndez y Pelayo*, historiador del pensamiento español y uno de los más grandes polígrafos de todos los tiempos. Como á Joaquín Costa, fenecido poco antes, hásele enterrado con toda la pompa oficial, prodigándole todas las flores de la retórica parlamentaria para más pronto olvidarle. La alta sociedad madrileña, toda hipócrita cortesía y toda ligereza, no regatea el tributo de una admiración de encargo á los pensadores que ya no la molestan con su presencia, y se cree, á este precio, dispensada de meditar la noble lección de su vida laboriosa y de su obra. El ante-pasado invierno, la semana anterior á la muerte de Costa, á quien, á pesar de sus anatemas contra el Régimen, el Rey acababa de proclamar, después de muerto, gran hombre de bien y gran patriota, un extranjero de paso por Madrid, tuvo la ocurrencia de pedir para consultar, en la Biblioteca Real, las obras del admirable sociólogo, del político desinteresado á quien tanto parecían apreciar en la Corte y en el Consejo. La lujosa biblioteca, donde tan bien representada está—teatro y novela—la literatura «parisién» de la última temporada, muy bien podría poseer asimismo estas obras maestras de Costa que constituyen la más exacta y maravillosa investigación de la actual decadencia española y sus remedios posibles. Pues bien, no había ninguna. Esta anécdota inédita, no es cierto que no necesita comentario?

La muerte de Menéndez Pelayo tanto más habrá conmovido á sus admiradores españoles y extranjeros, cuanto que nadie podía imaginarla tan próxima. La enfermedad que padecía desde algunos meses el Director de la Biblioteca Nacional parecía no tener gravedad, y ni por un instante había entorpecido la prodigiosa actividad de su espíritu. Acababa de decidir la publicación de sus obras completas, empresa casi sobrehumana, supuesto que se trataba mejor que de una simple reedición, de una verdadera refundición, como lo prueba el primer volumen, recientemente aparecido, de la nueva «Historia de los Heterodoxos españoles»; no obstante esperábamos que el maestro conservaría fuerzas bastantes para llevar más adelante esta publicación, si no terminarla; y teníamos en proyecto el analizar aquí, á medida de su reaparición en una forma casi nueva, cada una de las obras maestras del ilustre crítico, y hacer así, lentamente, por etapas sucesivas, toda la historia de su pensamiento. Mas he aquí que

ahora es preciso que intentemos una, demasiado rápida, síntesis, y á falta de espacio, nos limitemos, una vez bosquejada una corta biografía del sabio, á buscar alguno de los rasgos que tan original hacen su fisonomía, para concluir por último la importancia de su obra y la feliz influencia que ya ha ejercido.

Nacido en Santander, el 3 de noviembre de 1856, bachiller á los quince años, Marcelino Menéndez, niño de prodigiosa precocidad, viene á completar sus estudios en la Universidad de Barcelona, donde se beneficia de la enseñanza y de la amistad del primer romanista que haya tenido España, Milá y Fontanals, autor de estudios, ya clásicos, sobre *la Poesía heroica popular en España y los Trovadores en España*; junto al maestro, siente afirmarse su vocación de historiador y de crítico que resucitará épocas enteras de la cultura científica y literaria española. En Barcelona aprende asimismo á respetar la personalidad de las distintas naciones ibéricas, y á amar á Cataluña, cuya lengua y literatura defendió más tarde en solemnes ocasiones.

En 1873 se matricula en la Universidad de Madrid, de donde el fanatismo krausista de Salmerón, le obliga á desterrarse á Valladolid. En esta ciudad se hace amigo del profesor Laverde Ruiz, quién decide la otra vocación de Menéndez moviéndole á constituirse en el apologista de la tradición, el historiador de la filosofía y de la ciencia española. Y en efecto, Menéndez y Pelayo pondrá para siempre en todo su genio al servicio de una sola causa: la rehabilitación del pasado intelectual de su patria, la defensa del catolicismo, cuya gloria le parece indisolublemente unida á la de España. Después de *la Ciencia española*, la admirable *Historia de los Heterodoxos españoles* demostraron como el catolicismo es la forma religiosa adecuada al temperamento español, la única disciplina intelectual y moral que le convenga. A los 19 años, Menéndez termina en Madrid su carrera universitaria con una tesis acerca de *la Novela entre los Latinos*, y comienza seguidamente un largo viaje de estudios por las bibliotecas europeas, en las que recoge preciosísimos documentos sobre la historia de la filosofía y de la literatura españolas. De este viaje arrancan sus relaciones con Comparetti, Böhmmer, el trialista holandés Dozy, historiador de los musulmanes en España, los tres maestros de la filología romana en Francia, Gaston Paris, Paul Meyer y Alfred Morel-Fatio, que será el mejor de los hispanófilos extranjeros.

(1) Véase: «El testamento de Ramón Lull y la Escuela luliana en Barcelona», por D. Francisco de Bojarull y Sans.—Barcelona, 1896.

(2) «La Ciencia Española» tomo I, edición de Madrid, 1887.

De vuelta á Madrid, entra en pública lucha con los historiadores liberales de entonces, profesores de la enseñanza oficial, paladines de la filosofía krausista, detractores de la vieja España, tierra del fanatismo, donde el pensamiento, durante tres siglos, hubiera vivido ahogado por la intolerancia religiosa; y fruto de esta victoriosa polémica es *la Ciencia española*, hermoso libro, tan fogoso como bien documentado, aunque algo juvenil y poco convincente: en él Menéndez sienta el papel desempeñado por España, en el transcurso de estos últimos siglos, en la historia de la ciencia y del pensamiento modernos. Pero al mismo tiempo que se muestra católico á macha martillo, abogado de la Inquisición «fórmula del pensamiento de unidad que dirige y gobierna nuestra vida nacional á través de los siglos» publica sus *Estudios poéticos* (1879), colección de piezas de Safo, Teócrito, Catulo, Petronio, Lucrecio, y de poemas originales, de los que la Epístola á Horacio y la Oda á Cabanyes se han hecho célebres y prueban asimismo la independencia de su genio y de su gusto. A los 22 años, el joven escritor, cuyo saber es ya legendario, y á quien miran todos como un nuevo Pico de la Mirandola, obtiene por oposición la cátedra de historia crítica de la literatura española en la Universidad de Madrid, vacante por la muerte de Amador de los Ríos. A los 25 años, una serie de trabajos de primer orden, *Horacio en España* (1877), *Calderón y su teatro* (1881), el primer volumen de la *Historia de los Heterodoxos españoles* (1880-1882, 3 vol. in-8), etc., le abren las puertas de la Real Academia. Desde entonces la vida de Menéndez puede figurarse por una simple bibliografía, de la cual extraeremos tan sólo los títulos más importantes: la *Historia de las Ideas Estéticas en España* (1883-1884, 9 vol.), los *Estudios de crítica literaria* (1884-1908, 5 vol.), los *Ensayos de crítica filosófica* (1892), la *Antología de poetas líricos castellanos* (1890-1908, 12 vol.), los *Orígenes de la novela española* (1905-1910, 3 vol. in-8), por fin la edición, no terminada, de las *Obras de Lope de Vega* (1890-1902), 13 vol. in-4, publicados bajo los auspicios de la Real Academia Española y precedidos de introducciones muy extensas, verdaderos prodigios de erudición. En conjunto, una cincuentena de volúmenes de crítica literaria ó filosófica que han renovado la historia del pensamiento español, y hacen de su autor uno de los grandes últimos humanistas.

Antes de rehabilitar el pasado intelectual de su patria, Menéndez y Pelayo hubo de restaurar primeramente, y casi él solo, la erudición nacional. Después que con Herder, Schlegel, Wolf, los alemanes hubieron repuesto en su lugar propio las letras castellanas, España sola había permanecido casi indiferente, si no hostil, á este gran movimiento de reparación literaria: cómicamente convencida de que no podía salir de una postulación secular sino tomando del extranjero las últimas novedades, como por ejemplo, sistemas filosóficos tan mediocres é inadaptables como el *racionalismo harmónico* de Krause, se dignaba colaborar con los pueblos vecinos para su propia historia, é ingenuamente creía no poder europeizarse sin cesar de ser española. La enseñanza filosófica y literaria estaba reducida á la más vana fraseología. Era la época en que un orador, como Castelar, pasaba sus ocios escribiendo de memoria una *Historia de la Civilización* durante los cinco primeros siglos del Cris-

tianismo, triunfo de la más osada improvisación y del énfasis más disparatado. A Menéndez cábele el mérito de haber impuesto, con el ejemplo, á sus compatriotas, además del amor al estudio, el aprendizaje del más riguroso método crítico, el cuidado por una documentación precisa, una prudente desconfianza de la improvisación; y no obstante él mismo fué, en el grado más alto, un improvisador, un inspirado, pero que sometió voluntariamente á la más estrecha disciplina, aunque sin conseguirlo siempre, sus admirables dotes de artista espontáneo. También tiene un lugar entre los grandes críticos de este tiempo: puesto que, español, no fué ni podía ser, en el fondo, á pesar de la aparente contradicción de los términos, sino un erudito improvisador, un creador, que creaba con conciencia y por encima de ella. Como Lope de Vega, por quien es tan natural que se hubiese apasionado, fué, asimismo, un monstruo de la naturaleza; dotado de una facilidad de asimilación y de una memoria difícilísima de imaginar fuera de España, con la misma fuga impaciente y desordenada, el mismo frondoso lirismo con que este último, sobre un fondo inagotable de intuiciones psicológicas, levantaba dramas y comedias, Menéndez y Pelayo, sobre un fondo de saber prodigioso, diríase también intuitivo, construía sus vastas síntesis históricas. Tal es el hondo sentido de la frase de Valera, al recibir al joven escritor en la Academia «en calidad de poeta». Por que si la mayoría de sus trabajos se realizan por la erudición y sus métodos, las más de las veces son para clasificarse mejor entre las obras de los más grandes escritores españoles, en los dominios del arte.

¿Cómo se explicaría, por otra parte, que, sin estas cualidades nativas, Menéndez y Pelayo hubiese llegado á ser el primer historiador del pensamiento ibérico en su integridad, á través del espacio y del tiempo, desde la antigüedad hasta el romanticismo, de Cataluña á Portugal y hasta el Nuevo Mundo? No echemos en olvido que, para llegar al cabo de esta titánica empresa, debió suplir la desorganización del trabajo científico y de la enseñanza oficial, y, á falta de colaboradores subalternos, de eruditos que especialicen dentro de sus pequeños dominios, hacer él solo trabajo de albañil, de empresario y de arquitecto. Esto dará asimismo razón de los defectos de composición de algunas de sus grandes obras: la superabundancia de saber, la impaciencia de realizar un excesivo número de proyectos, la fiebre creadora, explican su falta de proporciones así como las digresiones, y hacen del conjunto de la obra como una inmensa enciclopedia literaria, siempre sólida y

Rambá Estudios, núm. 8

Todas las tardes Té - concierto

(FIVE O'CLOCK TEA. TZIGANES)

Souper-concert á la salida de los teatros

RESTAURANT

Menú desde 5 pesetas

El Salón más elegante de Barcelona para banquetes y lunchs

siempre nueva, pero de la cual quedaran sin terminar muchas partes.

Tendremos sin duda ocasión de volver á insistir acerca de alguno de los aspectos originales de esta vastísima enciclopedia, si, como lo esperamos, la reedición apenas comenzada de las obras del célebre crítico continúa, á pesar de su muerte. España es deudora consigo misma de facilitar, así en la península como en el extranjero, el conocimiento de uno de los monumentos más bellos que se haya erigido á su gloria pasada, uno de los que mejor contribuyeron á favorecer su renacimiento. La influencia ejercida por el restaurador de la tradición nacional no dará, seguramente, sus frutos sino hasta más tarde: no obstante ha sido, desde el principio al fin de su carrera, cada día más eficaz. En la imposibilidad en que nos hallamos de extendernos sobre este punto, limitémonos á decir que Menéndez no habrá tan solo suscitado una pléyade de eruditos, tales como los Sres. Rodríguez Marín, su eminente sucesor en la Biblioteca Nacional, Ramón y Juan Menéndez Pidal, A. Bonilla San Martín. Fuera del dominio de la pura erudición, este Taine católico español ha contribuido poderosamente á la feliz orientación de la literatura castellana en estos últimos años. Gracias á él los novelistas y poetas han podido restablecer contacto con los maestros antiguos, dramaturgos, místicos, novelistas, mejor comprender el alma de la vieja España, y por consiguiente mejor penetrar los secretos de la nueva. Todos ó casi todos han experimentado su acción, aún los más originales, aún los que menos se percataron de ello.

Y para no citar más que un caso reciente, difícilmente se explicaría la aparición de un Ricardo León, menos todavía su éxito, si no se supiera la viva admiración del joven novelista-poeta, tan profundamente enamorado de las letras clásicas, á la obra de Menéndez y Pelayo, y si no fuera que, gracias á este último, la educación del gusto público se ha realizado insensiblemente en España.

MARCEL ROBÍN

(Del *Mercur de France*)

# ¡MÁS ALEGRÍA!

En uno de nuestros números precedentes aludíamos al reciente libro del Obispo católico alemán DR. PAUL W. VON KEPPLER titulado como el epigrafe precedente (1), y habiendo sido consultados por varios lectores acerca del mismo, creemos que la mejor manera de informarles sobre una obra que ha tenido gran resonancia en Alemania y está destinada á tenerla aquí, donde empieza á circular con gran éxito la excelente traducción editada por la casa Herder, es reproducir uno de los primeros capítulos.

La obra del Dr. von Keppler podría decirse que es la encarnación cristiana de la letra famosa puesta por Schiller á la Novena Sinfonía de Beethoven y que nuestro gran Maragall tradujo á sonora lengua catalana.

Es la alegría emanada por la pax Domini, la que el mundo actual no conoce, pues la época presente es de «muchos placeres y poca alegría» según el mismo autor muy acertadamente sentencia. La sonrisa franca y espontánea es incompatible con el vicio. La pasión exige contracción de facciones y concentración fisiológica.

¡MÁS ALEGRÍA! debería ser leído y releído; más aun, convendría fuese uno de nuestros más favoritos libros de consulta. Para que nuestros amigos acaben de hacerse cargo de su gran valor y utilidad en los presentes momentos, copiamos el índice de capítulos:

Prefacio—El derecho á la alegría—La alegría y la época actual—Modernos destructores de la alegría—Excesivos placeres y poca alegría—Alegría y arte—Alegría y canción popular—Alegría y juventud—Alegría y cristianismo—Alegría del cristiano—La alegría y la Sagrada Escritura—La alegría en el Antiguo Testamento—El Nuevo Testamento y la alegría—Alegría y santidad—Galería de hombres contentos—Más alegría—Alegrías pequeñas—Alegría y gratitud—Alegría y educación—Alegría por alegría—Arte y alegría—Alegría y cura de almas—Alegría y amor á la naturaleza—Alégrate—Epílogo.

Este libro es un ¡Sursum Corda!, un grito animoso, fraternal y sonriente; conforta y vivifica.

## La alegría y la época actual

¿Vivimos en una época anémica ó pletórica de alegría? El optimista que se atreviera á afirmar esto último sería casi envidiable, pero de seguro que no encontraría muchos que le creyeran. Porque el carácter distintivo de nuestros días, el rasgo fundamental de la vida popular es la tristeza en todas sus fases, desde la simple ausencia de la alegría hasta la desesperación. Fácil sería entresacar de la literatura moderna el material para tristes lamentaciones, lúgubres coros y sinfonías endechosas; pero librenos Dios de ello y dejemos también á los pesimistas de profesión. Nosotros mismos nos absten-

dremos igualmente de dar nuestro fallo, porque, como hombres no modernos, no nos creen aptos para juzgar el mundo moderno y no nos perdonarían si lo hiciéramos. Mas oigamos á otros hombres competentes en esta cuestión, hombres que el mundo moderno venera como á sus profetas ó en quienes por lo menos reconoce autoridad.

Difícil sería expresarse con más dureza que la que emplea Chamberlain, el exageradamente celebrado autor de los «Fundamentos del siglo XIX», en las siguientes enérgicas frases: «Lo bello ha desaparecido casi de nuestra vida. En este momento, quizá no hay un pueblo salvaje ó, por lo menos, semicivilizado, que no posea en su ambiente más belleza y en el conjunto de su existencia más armonía que la gran masa de los llamados cultos europeos» (t. I, pág. 32).

Rodolfo Eucken (1), uno de los filósofos modernos más serios y más nobles, considera evidente la insuficiencia de toda cultura meramente natural, esto es, la que prescinde de miras sobrenaturales y de la creencia en la otra vida. «Tal civilización pone la vida en recios contrastes. Decide al hombre á apartarse de la frialdad de un mundo sin alma y á reconcentrarse en sí mismo, para moverle pronto á trasladarse de la angostura y pesadez de la condición humana á la espaciosa grandeza del universo. No se ve en parte alguna un punto fijo de apoyo, no hay una síntesis universal; no recompensa la vida el esfuerzo y el trabajo que el hombre altamente civilizado debe dedicarle. Semejante experiencia ha de ser tanto más espionosa, cuanto aquella aspiración (á disfrutar de una civilización puramente natural) ha sido saludada con más regocijo y con mayores esperanzas; pero el rumbo mismo que ha seguido la vida, ha destruido estas esperanzas y ha venido á caer en lo contrario: buscábamos seguridad y dimos con la mayor incertidumbre; queríamos una vida armónica y la vimos fraccionarse en tendencias contradictorias; ansiábamos serenas venturas y hallamos amargas querellas é inquietudes y penas sin fin.»

Eucken pinta la civilización moderna como simple progreso humano y material, sin el cultivo legítimo del espíritu y pone de relieve su completa inutilidad. «Un engranaje inmenso, una agitación y una prisa incesantes, un apasionado afán de encumbrarse, una competencia tenaz para sobrepujarse unos á otros; no se atiende tanto á la vida propia como á la de los demás; nada de asuntos del alma, nada de esfuerzos internos; casi no hay puro fervor ni verdadera caridad, sino fastuosa palabrería; el egoísmo manifestándose hasta en los trabajos más serios; el hombre con sus miras interesadas y su veleidad, juez supremo de lo malo y de lo bueno, de lo verdadero y de lo falso, siguiéndose de ahí el exagerado deseo de alcanzar la estimación de los hombres y de salvar las apariencias: todo esto, con la pretensión exterior de fines ideales y el fingimiento de sentimientos elevados, produce la falta general de veracidad, la hipocresía, el aplanamiento intelectual y el vacío moral.» (2)

«Esta pseudo-civilización», dice en otro lugar, «que pretende hacer ostentación y relumbrar y que, en lugar de la cultura interior, pone la expansión externa, sacrifica el valor intrínseco de la vida á la mera utilidad, y obrando así, cae inevitablemente en lo decorativo, en lo aparatoso y vacío.»

Con más acrimonia se expresa todavía Federico Paulsen en su último libro (1): «Ocurre como si en un momento se hubiese dado libertad á todos los demonios para asolar el campo de la vida del pueblo alemán.» Y demuestra luego que la moderna educación, regalona, indecisa y afeminada, que descuida la condición moral, no significa para la juventud un incremento de la alegría, sino lo contrario. «La juventud de hoy, fruto de la educación mimosa, delicada y complaciente, se siente infeliz, oprimida, incomprendida y maltratada, en tanto que el procedimiento más severo de antes era aceptado con conformidad y hasta con serenidad.»

Con estos juicios coinciden en lo esencial los de F. W. Foerster (2) y Roberto Saitschick (3). El primero considera la civilización moderna como técnica, á diferencia de la civilización espiritual de la edad media, y dice de ella que dirige el pensamiento y el sentido del hombre á lo accesorio, que enajena mutuamente á los hombres, les arrebató su recogimiento interno, é interiormente los hace más pobres con su enriquecimiento exterior.

Pregunta si todas las conquistas de la civilización moderna redundan realmente en provecho de la vida intelectual ó si al fin conducen quizá al embrutecimiento y á la afectación y sirven tan sólo para el refinamiento material y, por ende, para la degeneración moral, y opina que la indigencia y la vacuidad de la vida harán abrir los ojos y harán comprender que, donde el cuidado por la vida del alma no sea el centro del pensamiento, es imposible toda cultura.

Saitschick expresa así su opinión: «Jamás había acumulado el género humano tan enorme caudal de ciencia, y acaso los conspicuos nunca tuvieron menos conocimiento de lo que hace falta al hombre. Leen con más facilidad en el libro de la naturaleza que en lo interior del ser humano; éste es para ellos un libro cerrado.» Por eso, el ansia de felicidad, la promesa de multiplicar y engrandecer los goces y deleites no conducen al fin; se busca «un arrenal donde no exista el dolor, y á través del cual serpentea murmurante un arroyuelo de delicias»; pero aun éste se busca en vano.

Todos estos pensadores están de acuerdo en que la civilización moderna, á pesar de todos los progresos técnicos, á pesar del embellecimiento de la existencia y de haber mejorado las condiciones de ella, á pesar de haber aumentado y refinado sus goces, no satisface al hombre interior, sino que le empobrece, le aplanó y le arruina, y acaba, por consiguiente, con un déficit lamentable de alegría, con el que ella misma confiesa su bancarrota y comprueba que está enferma y podrida hasta la médula. Porque toda civilización sana medra y florece en alegría; de toda vida popular sana brotan en abundancia incesantes capullos de leticia.

En los juicios antes expuestos queda ya

(1) Moderne Erziehung und geschichtliche Sittlichkeit, Berlin 1908, pág. 53 y 26.

(2) Jugendlehre, Berlin.

(3) Quid est veritas? Ein Buch über die Probleme des Wissens, Berlin 1907.

(1) ¡MÁS ALEGRÍA!—Por el Dr. PAUL W. VON KEPPLER, Obispo de Rottenburgo. Trad. del alemán por Felipe Villaverde. Tomo de 184 páginas de 13x19 cm. encuadernado en tela. Con el retrato del autor. Herder, editor. Friburgo de Brisgovia (Alemania). 1911—Precio 4 pesetas. Lib. Sabirana, Barcelona.

(1) Der Sinn und Wert des Lebens, Leipzig 1907, pág. 67.

(2) Ibidem pág. 154.